vez más feliz; que cada dia aumenta mi dicha y si puede parecer triste que tenga que marcharme cuando era más digno de quedarme, no deja de ser gran consuelo haberme podido quedar hasta alcanzar el punto en que estoy.

Acaba de resucitar Cristo, con un ruido espantoso. En el castillo tiran cañonazos; todas las campanas tocan y en todas las esquinas y rincones suenan petardos y regueros de pólvora.

RELATO.

Recordaremos que Felipe Neri se imponía á menudo la obligación de visitar las siete iglesias principales de Roma, dando así prueba manifiesta de su ferviente devoción. Ahora advertimos que la visita á las dichas iglesias se exige á todo peregrino venido al Jubileo y á causa de las distancias á que se encuentran unas de otras y á tener que visitarse todas en un día, bien puede considerarse segundo viaje.

Las siete iglesias, son: *San Pedro, Santa María Maggiore; San Lorenzo*, fuera de puertas; *San Sebastián; San Juan de Letrán*; *Santa Croce in Jerusalem*; *San Pablo*, fuera de puertas.

El paseo también lo dan muchos habitantes devotos de Roma en Semana Santa, particularmente el Viernes Santo. Y añadiendo al provecho espiritual que las al-

mas sacan de las indulgencias anexas, el placer material, el propósito y el término van ganando mucho.

La cosa es esta. Todo aquél que después de hecha su peregrinación, vuelve á entrar por la Puerta de San Pedro con suficientes testigos, recibe allí mismo un billete, en el cual se le invita á tomar parte en una fiesta popular que se celebrará en la *Villa Mattei*, un día dado. Los invitados reciben colación de pan, vino, algún queso ó huevos. Acomódanse á voluntad en los jardines y especialmente en el pequeño Anfiteatro que hay en él. Enfrente, en el casino de la Villa, está la sociedad más entonada; cardenales, prelados, príncipes y señores gozando del golpe de vista y tomando su parte en la distribución fundada por la familia Mattei.

Vímos venir una procesión de muchachos, entre diez y doce años, no vestidos de eclesiásticos, sino como aprendices en día de fiesta, todos del mismo color y corte; podrían ser cuarenta. Cantaban y rezaban sus letanías devotamente, con andar pausado y honesto.

Un hombre de edad, teniendo el aspecto modesto de un obrero, iba á su lado y parecía ordenarlos y dirigirlos. Sorprendía ver la fila de muchachos bien vestidos, terminando en una docena de niños haraposos y descalzos, que parecían mendigos y seguían la misma marcha y disciplina. Informándonos de qué era, nos dijeron: que aquel hombre, zapatero de oficio y sin hijos,

habíase sentido inclinado primero á recoger un chico pobre, mantenerlo, vestirlo y enseñarle el oficio, ayudado de personas caritativas. Su ejemplo había conseguido mover á otros maestros á que acogiesen igualmente niños, que, más tarde, tomaba también bajo su protección. Obrando así, había logrado reunir una pequeña partida ocupada los domingos y días de fiesta en cosas piadosas, á fin de preservarla de los peligros de la ociosidad y hasta exigiendo que un día hiciesen la visita de las siete iglesias principales tan desviadas. Aquel piadoso Instituto fué creciendo; seguía sus peregrinaciones lo mismo que antes, y como su notoria utilidad hacía que hubiese más peticiones para entrar en ella que plazas podían darse, queriendo excitar la caridad general, ideó un medio y era, llevar con su procesión de muchachos, algunos harapientos y siempre conseguía limosna para vestir uno ú otro.

Mientras nos contaban estas cosas, uno de los chicos mayores, que iban vestidos, nos presentó una bandeja, pidiéndonos, con muy bien razonadas palabras, una limosna para los niños desnudos y descalzos.

Y recibió buena ofrenda; no sólo de nosotros los extranjeros, conmovidos, sino también de los romanos y romanas, económicos de suyo, que avaloraron su módico donativo con muchas palabras de bendición en favor de obra tan útil.

Dicen que este piadoso padre de la niñez quiere siempre que tomen parte sus pupilos en los petitorios, después de haberse edificado con estas peregrinacio-

nes, y nunca dejaba de alcanzar su objeto, haciendo buena recolecta.

De la belleza plástica,

por Carlos Felipe Moritz, Brunswick, 1788.

Bajo este título publicóse un folleto de cuatro pliegos, cuyo manuscrito enviara Moritz á Alemania, con objeto de apaciguar un tanto á su editor, que había hecho adelantos sobre un viaje descriptivo por Italia. Realmente, no era tan fácil de escribir como el de *Aventuras de un viajero á pie en Inglaterra.*

No puedo dejar de mencionar dicho folleto, porque fué resultado de nuestras conversaciones, que Moritz utilizaba, dándoles forma á su manera. De todas suertes, puede tener su interés histórico, en cuanto permite ver qué género de pensamientos nacían en nosotros en aquel tiempo, pensamientos que, más tarde, se desarrollaron, se probaron, dirigieron y extendieron felizmente, conforme á las ideas del siglo.

Algunas páginas del centro de la exposición, tienen cabida aquí; tal vez darán ocasión á que el todo se reimprima.

«El horizonte del poder de acción genial que crea, debe ser tan extenso, como el de la Naturaleza misma. Es decir, tan fino ha de ser el tejido de su organismo, y tantos puntos de contacto debe ofrecer con la corriente de la Naturaleza, que debe presentar, en pequeño, las mismas relaciones de los grandes fines externos de aquélla.

Si una organización de estos tejidos finos, en la obscuridad del presentimiento, concibe un todo que luego no resulta conforme ni al ojo, ni al oído, ni á la imaginación, ni al pensamiento, prodúcese una inquietud, una desproporción entre las fuerzas compensadoras, que no cesa hasta que vuelven al equilibrio.

A un alma cuya mera fuerza activa concibe en la obscuridad del presentimiento el noble conjunto de la Naturaleza, no le satisface lo aislado en conexión con ella, ya le dé su conocimiento la fuerza pensadora, ya se lo represente con más viveza la imaginación, ó con toda claridad se lo reproduzcan los órganos de los sentidos.

Aquellas relaciones del gran todo, presentidas en la obscuridad mediante la fuerza activa, tienen necesariamente que evidenciarse, ya sea haciéndose visibles, oíbles ó solamente comprensibles á la imaginación, y para que tal suceda, la fuerza activa, en cuyo seno dormitan, tiene que sacarlas de sí misma y darles forma, reuniendo en un foco todas aquellas relaciones del gran todo, al extremo de cuyos rayos está la belleza suprema. De aquel foco, midiendo á ojo la distancia, debe tomar y redondear una imagen delicada y fiel de la belleza suprema, que comprenda, en pequeño, con verdad y exactitud, las perfectas relaciones del gran todo de la Naturaleza.

Pero como esta impresión de la suprema belleza tiene de necesidad que fijarse en algo, el poder creador, según las dispocisiones de su individualidad, elige algún asunto visible, oíble ó comprensible á la imaginación, para transportar sobre él, en reducida escala, el reflejo de la belleza suprema. Y como este objeto, si fuera en realidad lo que representa, no podría subsistir en conexión con la Naturaleza, que fuera de sí no soporta nada arbitrario, venimos á parar á lo de antes: que el ser interno no puede transmutarse y exteriorizarse, sino mediante el Arte que le da forma, según un todo que tiene delante y cuando puede reflejar en su completo circuito las relaciones del gran todo de la Naturaleza.

No cayendo bajo el dominio de la potencia pensadora aquellas grandes relaciones, en cuyo completo circuito reside la belleza misma, la noción viva de la belleza plástica sólo puede admitirse, en el sentimiento del poder activo que la produce, en el primer momento de su nacimiento, cuando la obra, pasando por todos los grados de su formación, acabada ya, se presenta de repente al alma en las obscuridades del presentimiento, y en este primer instante de su generación, ya tiene existencia. De aquí proviene aquella irritación indecible que hostiga el genio á crear incesantemente.

Nuestras reflexiones acerca de la belleza plástica, unidas al puro goce de las obras de Arte mismas, producen algo en nosotros que, acercándonos á la noción viva, aumenta nuestro goce artístico. Con todo eso, como nuestra propia fuerza, en sí misma, no puede alcanzarnos aquel supremo goce de la belleza, queda éste exclusivamente al genio creador que la realiza, y así, la belleza alcanza su más alto fin, en el hecho de exteriorizarse, en el hecho de ser. Nuestro goce á *posteriori* de ella, es sólo consecuencia de su existencia, y el genio creador, al penetrar en el plan de la Naturaleza, hácelo en primer lugar por amor de sí mismo y luego por amor nuestro; pues, ajenos á él, hay seres que no crean ni forman, pero que son capaces de abarcar con su imaginación lo ya formado y producido. La naturaleza de lo bello consiste en que su esencia está en su principio, en su energía misma y fuera de los límites de la potencia pensadora. Precisamente por eso; porque la potencia pensadora no puede preguntar á la belleza porque es bella, es bella. La potencia pensadora carece por completo de un punto de comparación, en cuya virtud es dable juzgar y considerar lo que es bello. ¿Qué otro punto de comparación puede haber para la excelsa belleza que la suma de todas las relaciones armónicas del gran todo de la Naturaleza, que ninguna potencia de pensamiento puede abarcar? Todo lo bello aislado, diseminado en la Naturaleza, es sólo bello en cuanto manifiesta más ó menos esta suma de relaciones de aquel gran todo.

Ni nunca podrá servir de punto de comparación para la belleza en las Artes plásticas ningún modelo formado por el genio; porque la suprema belleza aislada, no es bastante hermosa para la egregia imitación de las

grandes y majestuosas relaciones de la Naturaleza, que abrazan el Universo entero. La belleza no puede referirse á nada; tiene que ser creada ó sentida.

Como á causa de la carencia absoluta de punto de comparación la belleza no pertenece á la facultad de pensar, no pudiéndola producir nostros mismos, tendríamos que renunciar por completo á su goce, sin acercarnos más que á la belleza atenuada, si en nosotros no pudiese ocupar el puesto de la fuerza creadora, aquello que, sin serlo, se le parece más, y es lo que suele llamarse gusto ó sentimiento de lo bello, lo cual, si permanece en sus límites naturales, puede suplir, mediante la imperturbable y tranquila contemplación, el placer sublime de la producción de la belleza.

Es decir, si el tejido del organismo no es bastante fino para ofrecer á la corriente de la Naturaleza tantos puntos de contacto como son necesarios para reflejar en pequeño, íntegramente, todas sus grandes relaciones y nos falta un punto para cerrar el círculo completo, es que, en vez de facultad de crear, tenemos solamente facultad de sentir lo bello. Cada prueba que hagamos á fin de representarlo fuera de nosotros, nos sale frustrada y tanto más nos descontenta de nosotros mismos, cuanto más cerca de los límites de la facultad de crear nos llevan nuestras facultades de sentir lo bello.

Precisamente porque la esencia de lo bello, por su acabamiento, radica en sí misma, le perjudica el último punto que falta, tanto como mil, porque se desajustan todos los demás. Y una vez este punto de terminación

perdido, la obra de Arte no recompensa el trabajo de comenzarla, ni el tiempo de darle cima; cae entre lo malo y lo inutil y su existencia se aniquila en el olvido. Lo mismo le perjudica á la facultad de crear, implantada en lo más fino del organismo, para su integridad, aquel último punto deficiente, tanto como mil. El alto valor que, como facultad de sentimiento, pueda tener, es insignificante comparado á la facultad de crear. En el punto en que la facultad de sentir traspasa sus límites, naturalmente tiene que hundirse y anularse.

Cuanto más acabada es la facultad de sentir, respecto de cierto linaje de belleza, más en peligro está de engañarse, de tomarse á sí misma por facultad creadora, turbando la paz consigo, mediante pruebas desgraciadas.

Ve, por ejemplo, al lado del goce producido por una obra de Arte cualquiera, en la realización de aquella obra, la fuerza plástica que la creó y presiente, obscuramente, el grado elevadísimo del placer correspondiente al sentimiento de la fuerza, que fué bastante poderosa para sacar de sí misma y producirla, esta belleza.

A fin de procurarse este elevadísimo grado de placer, que es imposible tener con una obra ya creada, esfuerza inútilmente el sentimiento, conmovido, en sacar de sí mismo algo semejante á aquello; detesta su propia obra, la desecha y al propio tiempo, desapetece el goce de todo lo bello que fuera de sí existe y que, por lo mismo que existe sin su participación, no le satisface.

Su único deseo, su única aspiración, es participar de aquel elevado goce que presiente y en la conciencia de su propia fuerza creadora, mirarse en una bella obra que le deba la existencia.

Mas tal deseo no se le otorgará nunca, porque es interesado y la belleza, sólo al artista que por sí misma la ama, se entrega y de propia voluntad, dócil, se deja formar por él.

Cuando al impulso creador se mezcla la representación del goce de lo bello que se concede á la obra terminada y cuando esta representación es el primero y más fuerte móvil de nuestra energía, el impulso creador no es ciertamente puro. El foco ó punto culminante de la belleza queda por cima de la obra; los rayos se separan y ésta no puede por sí misma redondearse. Encontrarse tan cerca del supremo goce de la belleza creada por uno mismo y tener que renunciar á él, parece rudo combate; pero se facilitará en extremo sí, para más honra de aquel impulso creador que un día nos lisonjeamos de poseer, destruímos todo el rastro de interés que en él pudiéramos hallar, tratando de excluir, en cuanto sea posible, del sentimiento de nuestra energía, la representación del goce de la belleza que crear pretendíamos, aun dado caso que existiese y esto de modo que, aunque sólo con nuestro último aliento debiera acabarse, luchemos por acabarlo.

Si después la belleza que presentimos conserva, meramente en sí misma y en su producción, bastante estímulo para mover nuestra energía, podemos seguir

confiadamente el impulso creador, porque es legítimo y puro. Pero si, con el pensamiento del goce y del afecto, se pierde también el estímulo, no es menester más combate; restablécese en nosotros la paz y la facultad de sentir, de nuevo en el dominio de sus atribuciones, ábrese, en recompensa de su modesta retirada, al purísimo goce de la belleza, con que la Naturaleza la dotó.

Realmente, el punto en que las facultades de sentir y de crear se separan, es tan difícil de ver y tan fácil de traspasar, que no es maravilla si salen en las obras de Arte, por el erróneo impulso, mil copias falsas, para una legítima, de la suprema belleza.

La fuerza creadora legítima, en el primer momento del nacimiento de su obra, lleva en sí misma, como segura recompensa, su supremo goce y en esto se distingue del falso impulso que en el propio momento recibe el choque por sí mismo, y no por el presentimiento de la belleza de la obra; y como en este momento de pasión, la facultad de pensar no puede juzgar acertadamente, es casi imposible, sin cierto número de ensayos desgraciados, salir del propio engaño. Y aun los ensayos desgraciados no prueban siempre que falta la facultad creadora, porque ésta, siendo legítima, toma á menudo dirección falsa, dejándose ir su imaginación, que le pone delante de los ojos lo que corresponde á los oídos.

Precisamente porque la naturaleza de la facultad creadora no siempre llega a madurez y desenvolvimiento perfectos, ó porque toma falso camino, en el

cual no puede nunca desarrollarse, lo bello de verdad es tan raro.

En la facultad de sentir quedan siempre los huecos que sólo el resultado de la fuerza creadora puede llenar. La fuerza creadora y la capacidad de sentir están en la relación del hombre y la mujer; pues la fuerza creadora, en el primer instante de la formación de su obra, en el momento del goce supremo, es, al mismo tiempo, susceptible de sentir y engendra, como la Naturaleza, la reproducción de su ser.

La facultad de sentir y la fuerza creadora se fundan en el fino tejido del organismo, en tanto que en todos sus puntos de contacto son copia completa, ó casi completa, de las relaciones del gran todo de la Naturaleza.

La facultad de sentir y la facultad de crear abrazan más que la facultad de pensar; y la facultad de acción en que ambas se fundan, comprende todo lo que el pensamiento entraña; porque es la que hila siempre la causa primera, que lleva en sí, de cuantas nociones podamos tener.

Llámase á la fuerza activa fuerza creadora, en cuanto produce de sí misma todo aquello que no cae bajo el dominio de la facultad de pensar y fuerza sensible, en cuanto comprende todo aquello que está fuera de los dominios de la facultad de pensar, sometido á la no producción.

La fuerza creadora nada puede sin el sentimiento, y la fuerza activa, la simple fuerza activa, al contrario,

tiene poder sin el sentimiento ni la fuerza creadora y por eso admitimos que es la fundamental.

Son tantos los puntos de contacto de nuestro organismo con las relaciones del gran todo que nos rodea, que, sin serlo, lo sentimos obscuramente en nosotros mismos. Estas relaciones del gran todo, que están hiladas con nuestro íntimo ser, tiran y se dilatan hacia todos lados. El organismo desea seguirlos por todas partes hasta lo infinito. Querría, no solamente mirarse en el todo que lo circuye, sino, en su ambición, ser el circuito mismo.

De ahí viene que todo organismo toma su naturaleza del que está por debajo de él y en su esencia la transforma. Las plantas, á la materia inorgánica, por la vida y el crecimiento. Los animales, á las plantas, por la vida, el crecimiento y el goce. El hombre, no solamente transforma á los animales y las plantas, por la vida, el crecimiento y el goce, sino que coge todo lo que está supeditado á su organización, por medio de la entre todos mejor bruñida superficie de su ser, dentro del circuito de su existencia y lo devuelve fuera, hermoseado, después de haberle dado, en su organismo, forma y terminación.

Y cuando no, ha menester atraer por la destrucción cuanto le rodea, apropiárselo al radio de su existencia real y, porque su sed de una existencia, realmente más dilatada, no puede apagarse con la pura é inocente contemplación.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Abril.

CORRESPONDENCIA.

Roma 10 de Abril.

Mi cuerpo está en Roma, pero no mi alma. Desde que tomé la determinación de irme, ya no me interesa nada y, de seguir mi gusto, me hubiera marchado hace ya quince días. Realmente estoy por Kayser y por Bury. El primero tiene que terminar algunos estudios que sólo pueden hacerse en Roma y todavía reune obras musicales; el otro quiere acabar el boceto de un cuadro que está haciendo de mi composición y necesita mis consejos. De todas maneras, he fijado mi marcha el 21 ó 22 de Abril.

Roma 11 de Abril.

Los días pasan y ya no puedo hacer nada. Apenas puedo ver algo. Mi digno Meyer continúa ayudándome y gozo la última vez de su conversación instructiva. Si no tuviera á Kayser conmigo, hubiera llevado á Meyer. Si lo hubiéramos tenido siquiera un año antes, habríamos ido bastante lejos; á lo menos me ayudaría á salir de todos mis escrúpulos en el dibujo de figura.

Esta mañana estuve, acompañado de mi buen Meyer,

en la Academia Francesa, donde reunieron las reproducciones de las mejores estatuas de la antigüedad. ¿Cómo podría expresar lo que, al despedirme, sentí? En semejante compañía se hace uno más de lo que es: siente que lo más digno de ocupar al hombre sería la figura humana, manifestada aquí en toda su diversidad y nobleza. ¿Y quién no siente su insuficiencia ante tal espectáculo? Aun estando preparado, se anonada uno. Y eso que, en algún modo, tratara de darme cuenta exacta de las proporciones la Anatomía y la regularidad de los movimientos: pero aquí tuve enseguida la idea que la forma, en definitiva, lo comprende todo; la conveniencia de los miembros, las relaciones, el carácter y la belleza.

Roma 14 de Abril de 1788.

La confusión no puede ser más grande. Mientras yo seguía sin cesar modelando el pie, vine á pensar que debía ponerme inmediatamente al Tasso, hacia el cual se dirigían mis pensamientos. ¡Bienvenido compañero para el próximo viaje! Entre tanto, hay que hacer el equipaje y sólo en estos momentos ve uno todo lo reunido y lo que arrastra consigo.